

Presentación

Mi primer cuento terminó en fracaso. Fue para un concurso literario organizado por la Municipalidad de La Plata con motivo de cumplirse los 100 años de su fundación. Tenía 12 años. Juro que me esmeré. Recuerdo que ilustré el cuento con trabajo y recuerdo que el cuento consistía en una personificación de la ciudad que hablaba. Gané el concurso. No hubo ni medalla, ni diccionario ni Acto de entrega de premios. Salvo un paseo delante de todo el alumnado del Colegio primario en tanto yo, abochornado, me sometía a esa exhibición innecesaria e indiscreta. La escritura se interrumpió, tomé distancia y recién me atrevería a decir que volvió a activarse parcialmente cuando en segundo año del Colegio Nacional "Rafael Hernández" dependiente de la Universidad Nacional de La Plata tuve a una Prof. en Letras y escritora que falleció el año pasado, María Elena Aramburú, con varios libros publicados y premios municipales y nacionales. Ella también fue directora de ese Colegio durante una gestión. Además de darnos a leer cuentos poco convencionales de Bioy Casares y Enrique Anderson Imbert, y al más oficial *Don Segundo Sombra*, nos impartió consignas motivadoras y creativas. La historia prosigue en sucesivos talleres de escritores simultáneos a la carrera de Letras en la Universidad Nacional de La Plata. Con todos escritores y escritoras. Primero con Martha Berutti: la que me dijo, "Adrián: esto va en serio", luego de leer mis manuscritos pasados a máquina eléctrica. Prosigue con el taller de Leopoldo Brizuela, los sábados por la tarde, en que nos impartió consignas originales y me enseñó a contar una historia y que con ella podía conmover a las personas. A reflexionar sobre el oficio de narrar y la narratología. Y puso a nuestra disposición una notable biblioteca de escritoras, algo sin precedentes en nuestra ciudad, en que las escritoras estaban completamente puestas a un lado. Diría para hacerla corta que con Gabriel Báñez, escritor, editor y periodista aprendí la relevancia del acto de corregir un texto, especialmente un cuento. Y fue quien acentuó cuánto tiempo consagraba yo al trabajo. A mi dedicación. Que eso era lo mío. Y que a eso de modo indudable me tenía que dedicar. Luego el siguiente taller, en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata, con la escritora Graciela Falbo, una pionera que había introducido la asignatura de Taller de escritura en el Plan de Estudios, con consignas inteligentes, sensibles, motivadoras, proseguimos un camino hacia el aprendizaje. Hubo revisiones fundamentales que me ayudaron a resolver asuntos relativos al acto de narrar. Fue un taller en un ámbito institucional de un cuatrimestre. De un nivel electrizante. Éramos todos (salvo un asistente), escritores. Y de ese taller nació como un producto casi espontáneo un libro de cuentos, de un lado, y del inverso los procesos creativos que les dieron lugar. Finalmente, en Buenos Aires hice un taller con María Negroni, sobre poesía. María Negroni es poeta, ensayista, novelista y académica. Acentuó la importancia de Gelman como un hito de la lírica en lengua española. Lo leímos mucho. Mediante estímulos exquisitos motivó la escritura de poemas. Y bueno, ahora no voy a talleres, pero sigo escribiendo poesía, cuentos y ensayos. Y publicándolos en medios del EE.UU. y de Argentina. Tengo mi Página de Facebook (por la quieren leer es @escritoradrianferrero). Y tengo libros de narrativa, poesía, investigación y entrevistas publicados. Cuentos en revistas académicas de EE.UU. Y he sido traducido al inglés también en EE.UU. Y creo que nada más.

“Liliana Bodoc: una literatura del justo medio” por Adrián Ferrero

Lo he mencionado. Pero no me he detenido en ello en profundidad, refiriéndome a la escritora argentina Liliana Bodoc. Porque si yo postulaba que en mi vida como lector entre los años '90 hasta fines de este 2019 había habido una hegemonía de lecturas de poéticas de literatura argentina contemporánea en distintos contextos (académico y por fuera de lo institucional) que en las lecturas de ese corpus había dos grandes tendencias que podría resumir en dos genealogías, Liliana Bodoc ocupaba la del justo medio. El justo medio para salir al mundo. En efecto, tal como lo había indicado, había habido una línea de escritores y escritoras asociados al orden de lo cosmopolita, tanto lo europeo como lo estadounidense, cuyas poéticas remitían indudablemente a referentes culturales nítidos. Y había habido otra línea, vinculada a lo político/social e histórico. Se trataba de intelectuales críticos argentinos que se oponían al statu quo cultural, en un sentido amplio.

He aprendido probablemente de Borges y de María Negroni, dos escritores argentinos que aprecio literariamente, que convenía, antes de lanzarse a las lecciones de los grandes escritores mundiales, a manejar lo más a fondo que sea posible las distintas tradiciones de la cultura literaria argentina. Borges manejaba como nadie el corpus de nuestra literatura nacional. María Negroni otro tanto, especialmente de la poesía. Pero no solo de ella. La he oído hablar de Arlt, Macedonio y Susana Thénon, además de lamás previsible Pizarnik. En efecto, hay una inscripción de las poéticas argentinas que más allá de que residan en el extranjero o mantengan como figura faro a interlocutores internacionales, su pertenencia será siempre la argentina.

Y entre estas dos genealogías, la de los autores cosmopolitas argentinos y los escritores críticos, había por supuesto matices, pero se trataba de dos grandes paradigmas claramente identificables. Esto no significaba en lo absoluto que los escritores críticos fueran chauvinistas o que no conocieran la literatura mundial. Sino que eran inconformistas. Hay grandes escritores inconformistas y los ha habido en el mundo desde larga data con notables conocimientos de literatura mundial. Susan Sontag es a mi juicio una de las más notables. Un paradigma, digámoslo, ejemplar. De modo que en tal sentido no quisiera que se confundiera progresismo e intelectuales críticos con poéticas sin capacidad de renovación o innovación en el campo intelectual nacional.

Pero quisiera ir al punto. En las poéticas de algunos argentinos la variable cosmopolita era muy clara. Se medían con los creadores de Europa y EE.UU. Conocían idiomas. Intervenían en ese canon y disputaban de igual a igual con los extranjeros. ¿Y qué sucedía con Liliana Bodoc? Además de ser una persona íntegra, que no podía sino inspirarme una intensa simpatía, admiración y respeto, un reconocimiento por su transparencia, había tomado referentes extranjeros pero los había sometido al tamiz de una revisión crítica severa. En efecto, ella, por citar ejemplo, reconocía deudas con J.R.R. Tolkien (también de Ursula K. Le Guin), pero sometía a una revisión su poética. Un motivo de rebelión de Bodoc que ya la señala como una figura insurreccional que, pese a nutrirse del legado europeo, toma sin embargo distancia de él y, en cambio, se asienta en territorio americano: el referente del sustrato aborigen para sus ficciones. Y mediante operaciones claras de intervención sobre él y de transposición compleja, lo utilizaba para sus sagas como zona de remisión. Por otro lado, otorgaba un rol protagónico a la mujer. Eso por un lado. Por otro lado, había en ella no una

confrontación con los poderes o las instituciones desde el choque frontal, la violencia o el agravio, sino que se trataba de una estrategia lograda con inteligencia, lucidez y perspicacia mediante la cual a través de diferentes astucias de modo logrado era capaz de introducir la crítica desde el orden de la narración de determinadas fábulas vinculadas al poder desmontándolo. Simultáneamente, trabajaba a partir de géneros con escasa o nula tradición en Argentina e incluso en América Latina. Me refiero a la literatura épica fantástica y a la literatura infantil, si bien esta última conoce una tradición mucho más potente en nuestro continente. Tampoco demasiado sustantiva, cabría señalar.

Sea como fuere, había escrito de este modo tan singular y a partir de estas premisas literatura infantil, juvenil y para adultos y, sin embargo, uno tenía siempre la sensación de que todos sus libros podían ser leídos por personas de todas las edades, incluso los supuestamente consagrados a los adultos. ¿A qué adjudicar esta inmensa capacidad de acceso a su poética por parte de lectorados tan dispares? Había operaciones escriturarias concretas en su poética que mediante operaciones de transposición sometían al material narrativo a la posibilidad de ser conocido por toda clase de público. Su plasticidad, su fluidez narrativa, su lengua literaria blanca pero poética la volvían una figura sin precedentes.

De modo que entre aquel pasado de literatura argentina crítico, social, político (con el cual Bodoc incuestionablemente guardaba vinculaciones estrechas y al que la unían lazos con los que dialogaba) y la otra genealogía, la cosmopolita, la internacionalista, también había una confluencia que convergía en ella. Era, entonces, el camino del medio a partir del cual había que partir. Era producto de una operación creativa de síntesis. De síntesis y condensación. El punto justo. El camino del medio. La transición ideal entre la literatura a la que había dedicado tantos desvelos (y de la que ahora aspiraba a tomar distancia) y la del mundo, a que ahora con afán de apertura genuina, quería abrazar. Liliana Bodoc, una vez más, abría el panorama a la literatura argentina hacia límites incalculables. Y era el rostro más auténtico y más acertado para iluminar el futuro de nuestras poéticas: un camino que, respetando una dimensión combativa no abandonara el camino de la belleza.

Si Liliana Bodoc se había dedicado con tanta prestancia a la literatura infantil y juvenil. Si, como dije, sus libros pueden ser leídos a mi juicio, desde los para adultos hasta los para niños por todas las edades, como ya lo he escrito en trabajos preliminares que he escrito, me resulta entonces una personalidad literaria de una ductilidad sin precedentes. Eso por un lado. Por el otro, otra zona transgresora de su poética la constituye el hecho de que trabaja en el campo de la literatura infantil y juvenil, un tipo de literatura que no responde al canon oficial del corpus de la literatura nacional.

Frente a este panorama de lecturas críticas y lecturas cosmopolitas, de públicos que se abrían hacia posibilidades tan ricas y amplias, la poética de Liliana Bodoc constituye la voz superadora de la literatura argentina. Superadora de esquemas. De cuadrículas. De etiquetas. De catalogaciones. De rótulos. De lectorados. De géneros. Y sin dejar de ser una poética que indagaba en las posibilidades más sutiles de la lengua española, junto con ella aludía a las otras. A las que remitía por afinidad. A otras variedades del español de América Latina, con la que trazaba lazos continentales. Pero en segundo término mediante los géneros a los que había acudido para concebir sus libros, establecía otra clase de diálogo: el idioma que va de los códigos y géneros creativos a las lenguas

que los han concebido. Desde esa perspectiva entonces, Lilitana Bodoc, una vez más, daba en el blanco.